



-¡Lito! Mañana vas a estrenar el traje campero que te regalé. Nos vamos de cacería-le dijo el padre entreabriendo la puerta de su cuarto. El niño, que jugaba con su ordenador, aceptó la decisión sin especial interés. Para Lito, que tenía 11 años, iba a ser su primera montería. Su padre quería que se aficionara a la caza, continuando así una tradición familiar.

Al día siguiente, se despertó contrariado al tener que levantarse tan temprano. Durante el trayecto, pasó la mayor parte del tiempo durmiendo; intentando aislarse del jaleo de las voces de los cazadores, que hablaban de sus "hazañas caceriles".

-Pues el dueño del coto está muy cabreado; dice que una pareja de lobos se le ha metido en su finca.

-Sí; a mí también me habló el guarda de esas alimañas- dijo otro cazador.

Los comentarios sobre los lobos, espabilaron a Lolito.

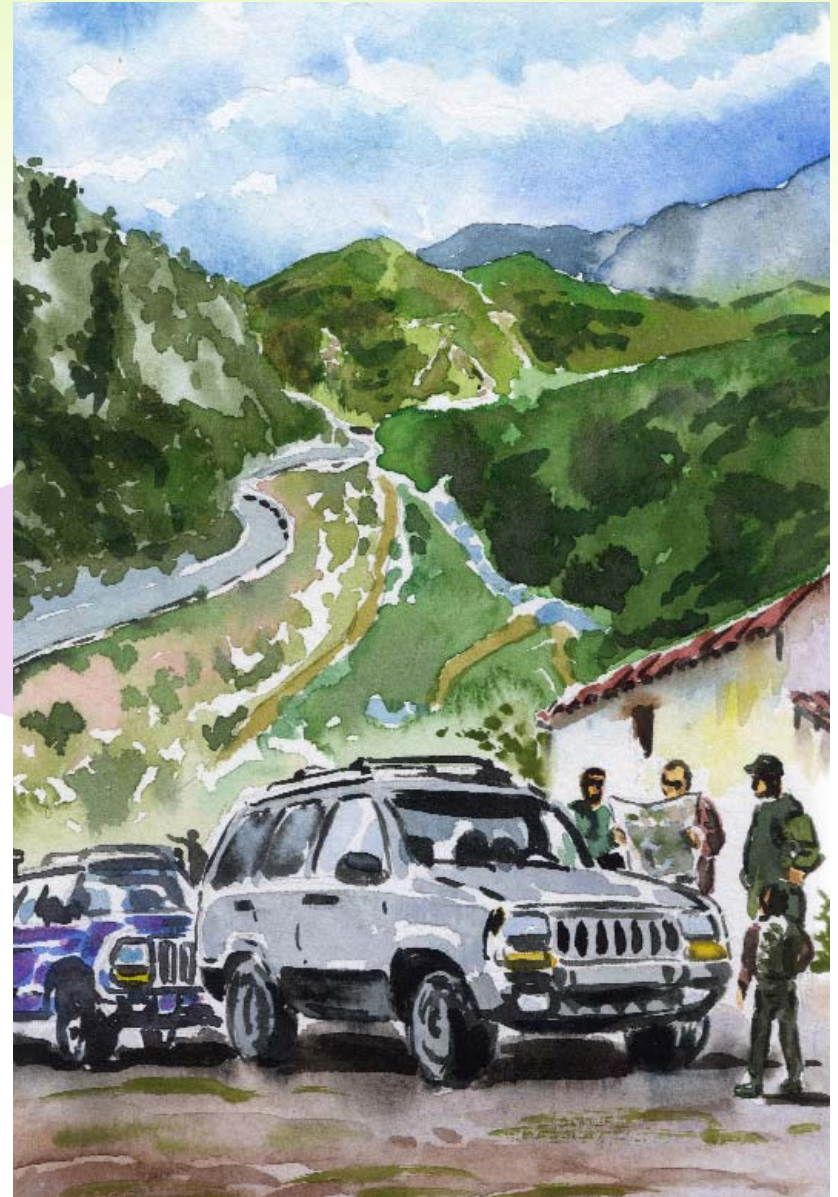
-¡Caramba! Entonces es muy probable que haya más fieras. Los lobos siempre van en manadas-respondió su padre.

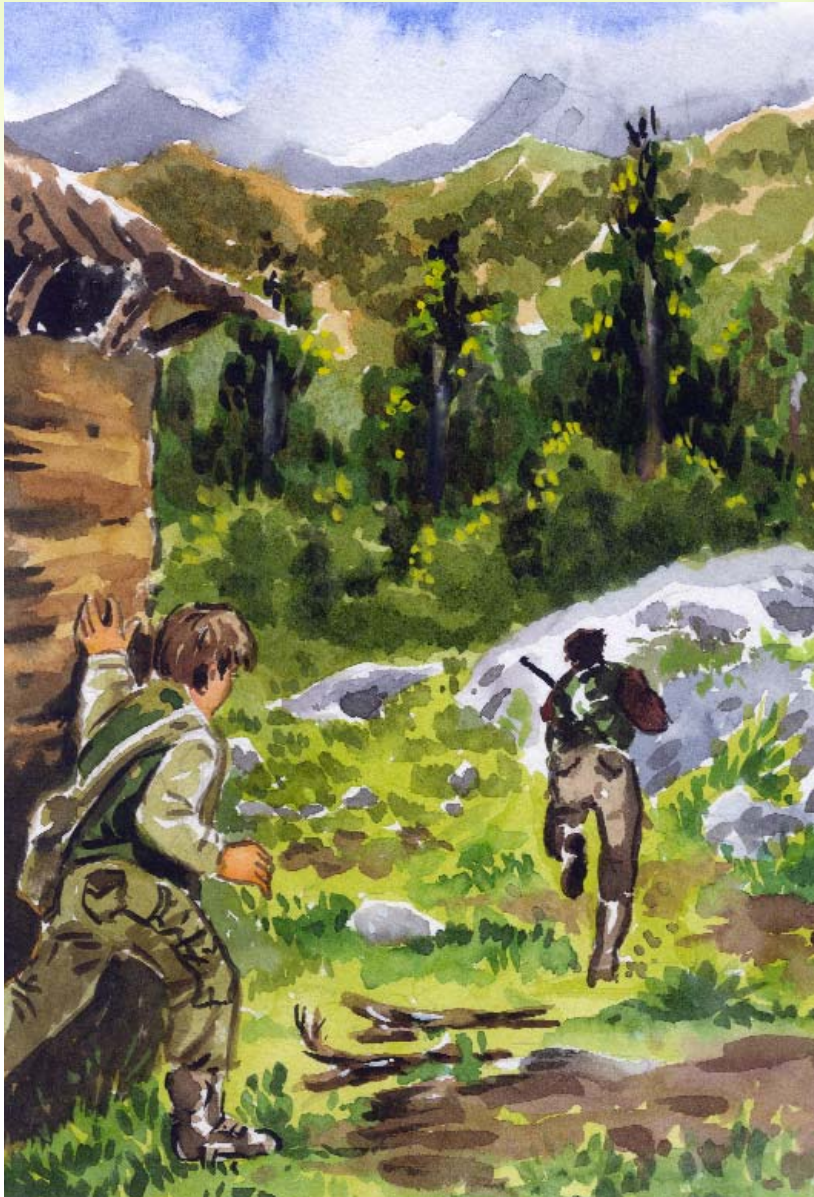
-Seguramente. También me dijo que si nos encontramos con algunos, que no dudemos en dispararles; que hacen mucho daño a la cacería.

-La verdad es que si matamos a un lobo, sería un estupendo trofeo de caza-dijo el último cazador de la cuadrilla.

El niño se estremeció, y sintió pena por esos extraordinarios carnívoros. Había escuchado o leído, no recordaba dónde, que los lobos están protegidos por la ley; y que no se les podía matar impunemente. Quería comentárselo a su padre, pero delante de los demás cazadores le dio corte y se calló.

Se habían citado con otros monteros, en el histórico pueblo de Las Navas de Tolosa, en la provincia de Jaén. Desde este punto, el contingente de cazadores avanzó con sus todoterrenos en fila india hacia el coto, situado cerca del Paso del Despeñaperros.





El objetivo primordial de caza de los monteros eran los ciervos, que como los lobos habitan desde tiempos inmemoriales en estos parajes de Sierra Morena.

Ya en el coto, los cazadores tomaron posiciones en sus puestos de tiro y esperaban el paso de los animales para abatirlos. Lolito, como era natural, se colocó junto a su padre. Pasado un cuarto de hora se aburría como una ostra.

De repente, se armó el revuelo. Alguien gritó: ¡Los lobos! ¡Los lobos! ¡Por aquí andan los lobos! -Lito, sobresaltado, salió de su letargo.

-Quédate aquí; vuelvo enseguida-le dijo su padre abandonando el puesto de caza.

El niño vio cómo a unos doscientos metros su padre se reunía en la pradera con varios cazadores. Y cómo después de unos momentos de charla se dispersaron cada uno en una dirección.

Transcurrida casi media hora, su padre aún no había vuelto. Durante ese tiempo sonaron esporádicos disparos y voces lejanas aquí y allá.

Inquieto, el propuesto candidato a cazador dejó el sitio y subió a una pequeña loma por si podía desde ésta ver algo de lo que estaba pasando. Pero, salvo la hermosa calma de la pradera, nada veía.

Sin embargo, en el silencio, le pareció escuchar el llanto de una criatura. Creyó que eran imaginaciones suyas; pero de nuevo escuchó un lamento a su izquierda. Y uno más, que lo orientaba a dirigirse hacia el lugar de donde provenía el sonido quejumbroso.

Tremenda sorpresa le sobrevino, cuando descubrió en un hueco en la misma base de un gran alcornoque la camada de seis pequeños lobeznos de pocos días.

Emocionado miró en derredor, como para asegurarse de que él era el único que había hecho el descubrimiento.

Nadie estaba cerca de allí. Pero Lolito sí era observado a bastante distancia desde la espesura de un matorral, por unos ojos pardos y profundos: los ojos de la loba madre, que amedrentada por los tiros respiraba jadeante e inquieta.





Lito se atrevió a coger uno de los lobeznos y lo tuvo entre sus manos. La loba que lo observaba aun más inquieta, parecía dispuesta a abandonar su escondrijo y dirigirse a defender su camada.

-¡Lito! ¡Dónde andas!-Su padre lo llamaba a gritos desde el puesto de caza. El niño iba a decirle donde se encontraba y lo que había descubierto, pero enmudeció al recordar la conversación entre los monteros durante el trayecto de la ida. Entonces se dirigió despacio hacia donde estaba su padre.

-¿Dónde te has metido? ¡Por qué no me has respondido cuando te he llamado ?-le abroncó el padre.

-¿Habéis matado a algún lobo?-preguntó Lito ignorando el tono severo del padre.

-No; no hemos matado a ninguno-. La respuesta tranquilizó al niño.

Toda la escena del niño hablando con su padre la contemplaba inmóvil la loba desde la espesura boscosa.

-Esos malditos lobos nos han estropeado el día de caza-dijo un cazador.

-El dueño del coto está que trina; pues sabe que la loba ya ha parido-se lamentaba otro. Todos se quejaban amargamente por el mal día de caza que habían tenido.

Bueno a decir verdad, querido amigo de los lobos, todos no; pues Lito, el supuesto futuro cazador, y la pareja de padres de los lobeznos, estaban muy felices por lo que había acontecido.

Los lobos, porque se había salvado su camada y habían reconocido ese día a un ser humano aliado suyo, ya que el niño no confesó nunca su descubrimiento. Y Lito porque, aun no sabiendo muy bien el motivo, consideró su secreto un tesoro de gran valor.

Y en verdad que sí lo era; pues con su actitud ayudó a la conservación de una de las joyas faunísticas que tenemos en Andalucía.

Además ocurrió algo maravilloso que selló para siempre la amistad entre el niño y los lobos.





Cuando la comitiva de monteros se dispuso a partir de regreso a sus casas, la pareja de lobos dieron un concierto de aullidos en agradecimiento a Lolito.

---

FIN